

sea lícito afirmar la desaparición de escuelas o de corrientes organizadas, reconocidas o reconocibles, esto no significa que no existan algunos movimientos dominantes, de los cuales sea posible hacer una descripción sumaria.

En este aspecto, una primera tendencia emergente del contexto de la poesía italiana de hoy, es aquella que, entregándose a las formas del "diario íntimo", se empalma con la tradición mayor del Novecento italiano, donde están situados tanto Saba y Ungaretti como Montale, Quasimodo, Sereni, Betocchi, Caproni, Luzi, Pasolini, y Zanzotto. Esta tendencia (en la cual podemos incluir las experiencias poéticas de G. Raboni, M. Cucchi, V. Magrelli, G. Scalise, G. Conte, E. Cavalli, R. Paris, M. De Angelis, etc.) parte de la convicción de que la recuperación de la dimensión sonora de la comunicación poética puede revitalizar radicalmente la validez fónica del texto, a condición de que se verifique un paralelo desplazamiento de la fruición, a partir de una demanda social explícita o latente. Es esta una convicción que da sentido a una práctica poética que nace de un común interés por la enajenación y la formalización poco habitual, a través del uso acentuado del significante, de materiales en los cuales prevalecen, por encima de los lógicos y gramaticales, los valores fonéticos. Este tipo de poesía reasume la tradición de la gran lírica simbolista con la añadida literariedad de un discurso en el cual el yo es el sujeto de un protagonismo ahora apartado de la efectualidad (con frecuencia casual) de los objetos presentados; o sea, una poesía que se confía a las formas de un diario más intelectual que psicológico, más descriptivo que meditativo, en una red de referencias culturales, memoriales e irónicas. Una suerte de metaforismo estilístico, con algo de surrealismo y nonsense, es la clave de su secreto escribir, privado de arrogantes certezas, de imperativos, de formas cerradas, pero con precisos valores retóricos unidos a un barroco estilizado hacia síntesis abstractas, en la musicalidad sin énfasis de la dicción y de la recitación.

Otro ámbito, entre los más relevantes, en el que se hace la poesía italiana hoy -y en el cual podemos incluir, con las obvias diferencias entre autor y autor, las experiencias de trabajo de F. Manescalchi, R. Roversi, M. Lunetta, D. Cara, G. Favati, M. Bettarini R. Voler, L. Angiuli, C. Vitiello, G. Finzi, etc.- es el que mantiene de algún modo un atento compromiso ideológico-lingüístico capaz de prefigurar una medida humana o política practicable: un ámbito que, en el rechazo (o en la costura) del hiato abierto entre la poesía de estos últimos años y la de los años sesenta, continúa inspirándose en la práctica del disenso (o por lo menos de la resistencia), en las instancias de renovación de la realidad política y social, impostadas por el grupo de "Officina" y luego clamorosamente estalladas con la "revolución juvenil". Un ámbito, en suma, que sigue pretendiendo del poeta, en nombre del de re mea agitur, aquello que realmente importa: que barra, con un golpe de mano intransigente, el campo de las manifestaciones retóricas del espontaneísmo y de la exornación y haga reflexionar sobre una situación del hombre ya no inerte y dispersa frente a las cosas, sino reactiva y enérgica, como es en la mejor tradición literaria. En una demanda de este tipo no está excluida, obviamente, una acentuación del aspecto práctico de la poesía, ya sea en cuanto a una mayor profundización cultural como en cuanto a una proposición de transformación del mundo, precisamente en el sentido de una recuperación de aquel "antagonismo" implícito en la poesía como tal: es decir, como operación que incida sobre la realidad con el fin de cambiarla.